

POEMAS INÉDITOS: MEMORIAS Y TRANSFIGURACIONES

ALAÍDE FOPPA

ELLA Y EL SUEÑO

*¿Con qué culpa tan grave,
sueño blando y suave,
pude en largo destierro merecerte
que se aparte de mí tu olvido manso?
Pues no te busco yo por ser descanso,
sino por muda imagen de la muerte.*

FRANCISCO DE QUEVEDO

Desde la infancia
hubo una lucha desigual.
No quería la niña
dejarse quitar
tantas horas de vida.
Aún bajo los párpados cerrados
seguía viendo un paisaje:
miles de estrellas
que perseguía
en sus juegos extraños
y perdería dormida.
Le disputaba al sueño
sus pocos recuerdos felices
sus infinitas fantasías,
hasta las tibias lágrimas solitarias,
al fin una presencia
en la tierna mejilla.
Y no llegaba nunca
a sorprender el momento
en que todo se perdía.
Más tarde
cayó en el sueño
como en un lago profundo:
un sueño ciego
sin sueños,
pausa en la angustia del día,
manto de olvido
sobre las heridas.
El despertar
era el lento retorno
del dolor dormido:
ella quería retener el sueño
como se suplica al amigo
que no se vaya todavía,
prolongar al menos
esa zona confusa
donde la llaga apenas duele.
Pero el sueño se iba
y ella quedaba sola
con sus heridas
y sus ojos abiertos
ante el implacable día.

Imagen de la muerte,
los antiguos poetas lo llamaron.
Lo llamaría ella
descanso de la vida.
Y no sabe
si más breve o más largo
lo quisiera,
si le sigue pesando,
como en la infancia,
perder unas horas de vida
(ahora que queda mucho menos),
o si vive esperando la noche
como el único puerto tranquilo.
¿Es la niña que huye
ante el ala de la sombra
que la alcanza,
o la joven enamorada
de la muerte

que espera impaciente
su llamada?
Y la vida
¿es un largo insomnio?
¿o un largo soñar?
¿Qué puede hacer ella
extraviada
en ese tiempo confundido
que es la noche del alma?

*

ELLA Y EL DOLOR

Fue desde su memoria
más remota
una presencia perenne,
parte quizás de su raíz más honda.
Por eso pudo
pasar inadvertido tanto tiempo.
¿Era un alfiler clavado
en la palma de su mano,
o un puñal
que atravesaba su corazón?
Y en su jardín de pocas flores
y pájaros efímeros,
la permanente yedra silenciosa.

Era un huésped discreto,
sin apariencia de usurpar nada.
Sólo a veces
rebalsaba impetuoso de su cauce,
y tocaba
hasta la copa de agua
que ella llevaba a los labios,
hasta la yerba que pisaba,
hasta la orla de su vestido.
Amenazada
en su último refugio,
ella luchaba entonces
con repentina fuerza
para llevarlo de nuevo
a los límites consentidos.
Cansada volvía
de cada batalla,
pero arrastraba con fiereza sombría
el manto de su viudez permanente
y lucía su corona de espinas
con la cabeza erguida.

Hasta que un día
lentamente
con la misma cautela de siempre,
el Dolor comenzó a alejarse
de ese largo asilo.
Ella no lograba crearlo,
o acaso temía su ausencia.
¿Qué pondría en el hueco profundo
que el Dolor llenaba?
Es verdad que ahora
caminaba ligera
en su orfandad extraña,
en esa nueva desnudez
sin inocencia,
mas no se atrevía a mirar
si en vez de la oscura yedra
empezaba a subir
por el muro blanco
la alocada enredadera azul
que florece en primavera.

*

ELLA Y EL NIÑO

¿Desde cuándo
tiene un niño
dormido entre los brazos?
Lo mece suavemente
se inclina para rozar con la mejilla
la yerbecilla tierna
que cubre su cabeza.
Respira el niño
cadenciosamente
y ella quisiera
retener su aliento
de miedo que el leve
movimiento de su pecho
contraste
ese ritmo constante,
ese fluir de la vida
en el niño dormido.
Cuando despierte,
la boca ansiosa
hallará su alimento
ahí donde estaba el sueño,
porque ella es una fuente
y todo cabe
entre sus brazos cerrados.

¿Pero duerme el niño?
¿O es ella la que sueña
quién sabe desde cuándo
con ese niño dormido?
Quizás hace tiempo
que despertó,
y va por los anchos caminos,
corta el fruto del árbol
con su mano,
y ríe y llora y sueña,
muy lejos de ese sueño
que ella sigue meciendo
entre sus brazos
al ritmo solitario
de su aliento.

*

ELLA Y EL DESEO

En ella
la sangre se desliza
por un ciego cauce,
la flor no brota de su mano
y la oscura voz
que nace de su alma
en un sordo silencio
se levanta.
Para salir
de su prisión solitaria,
como árbol sepultado
crece el deseo
por el ramaje oculto de sus venas,
crece el anhelo
de su alma desterrada
como imposible
vocación al vuelo.
Quién sabe
si ese impulso secreto
la llevará a dichoso alumbramiento,
o pondrá en su pecho
la inútil rosa
de una herida abierta. ▣